

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

06 de septiembre de 2020

La Palabra de Dios de este domingo vuelve nuestra mirada sobre dos notas esenciales de nuestra existencia cristiana: la oración y el amor.

Oración y amor vienen siendo las dos caras de una misma moneda, son inseparables: ambas realidades –el amor y la oración- se alimentan mutuamente, el fruto maduro de la oración es el amor, y el fruto maduro del amor es la oración.

El amor y la oración se pintan con muchos colores en las Sagradas Escrituras, es decir hay muchas maneras concretas de vivir el amor y la oración, dependiendo de las distintas circunstancias de la vida.

Trataré de compartirles lo más claramente posible, de acuerdo a mi modo de ver, los aspectos que la Palabra de Dios nos revela este domingo sobre el amor y sobre la oración.

Dos aspectos del amor subrayan hoy la Palabra de Dios:

1) Primero: Amar es cumplir perfectamente la ley, amar es no causarle daño a nadie, y lo único que nos debemos nosotros los cristianos es el mutuo amor.

2) Segundo: Amar, es sentirse responsable de la salvación del hermano.

En la primera lectura, habla Dios a través del profeta Ezequiel: “a ti te he constituido cuidador de la casa de Israel. De modo que si recibes una palabra de mi parte sobre un hermano que

vive en caminos de perdición amonéstalo para que deje su mal camino”.

Igualmente, el Evangelio de hoy nos recuerda que en la Iglesia estamos para cuidarnos mutuamente de modo que si alguien se desvía del camino recto es preciso invitarlo a que abandone su mala conducta. Esta Palabra de Dios de ninguna manera nos autoriza a condenar al hermano, se trata más bien de darle una mano para rescatarlo de su camino errado. Ejercer esta responsabilidad es un asunto bastante delicado y no hay que tomarlo a la ligera; no se trata de volverse la persona fastidiosa que anda criticando a todo y a todos a veces por insignificancias que no tienen la más mínima importancia. Tanto en la primera lectura como en el Evangelio, esta responsabilidad de corregir al otro tiene su origen en Dios, es decir no se trata de corregir al otro simplemente porque no

piensa como yo pienso o no hace las cosas a mi manera; esto haría insoportable el convivir con otras personas. Se trata iluminar al otro desde Dios para que encuentre o re-encuentre su camino y viva según el querer de Dios, quien quiere y desea siempre lo mejor para cada uno de nosotros. Esta responsabilidad por la salvación del otro se concreta de muchas maneras: brindar apoyo moral, espiritual, material, afectivo a personas que por distintos motivos han perdido el sentido de su existencia y cometen actos que van contra sus personas y sus proyectos de vida; brindar ayuda eficaz a personas que sufren adicciones cualesquiera que ellas sean; o simplemente cumplir eficazmente el rol que usted tiene como papá o como mamá, como maestro, como líder de una comunidad.

En cuanto a la oración, la Palabra de Dios subraya hoy tres de sus muchas características:

1) Orar, es escuchar la voz de Dios. “ojalá escuchen hoy la voz de Dios”, decía el salmo responsorial. Es el deseo ardiente de Dios: que lo escuchemos. Escuchar a Dios es confiar en Él y aplicar sus enseñanzas. Este escuchar la voz: nos pide estar en silencio delante de Aquel a quien reconocemos como nuestro Dios y guía, reconociendo su señoría, su hermosura y su bondad, abandonándonos en sus brazos. Este escuchar la voz de Dios nos pide ser lectores asiduos de la Palabra de Dios, conocedores las Enseñanzas de la Iglesia, y de los santos que nos han precedido en el camino de la salvación, pues solo podemos practicar lo que conocemos.

2) Orar, es presentarse ante Dios en armonía con las otras personas. Dice Jesús hoy: “Yo les aseguro también, que, si dos de ustedes se ponen de acuerdo para pedir algo, sea lo que fuere, mi Padre celestial se lo concederá”.

Este aspecto de la armonía para poder orar bien está ya en el Padre Nuestro, donde llamamos a Dios: nuestro, es decir en Él reconocemos un mismo origen, muchos caminos probablemente, pero un único destino: la comunión plena con Él. Nuestra oración fluirá cuando seamos capaces de reconocer la presencia y la autenticidad de la oración del otro, cuando seamos capaces de aceptar las diferencias, las propias maneras de obrar y de orar; esta armonía se logra no por resignación, por condescendencia, por negación de sí mismos, por sacrificio..., se trata de una armonía superior que se

instala en el alma del orante una vez que este va logrando que su mente sea conforme con la mente de Dios “que hace salir su sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos.

3) Un tercer aspecto de la oración nos asegura que nuestra oración será escuchada, una vez que vivamos en armonía con otras personas.

Jesús mismo ora con nosotros al Padre, “pues donde dos o tres se reúnen en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos”.

Concluyo mi reflexión volviendo al punto inicial: el amor y la oración son las dos caras de una misma moneda. Si queremos progresar en el amor, sentirnos completos, unificados, armónicos, con capacidad para hacernos responsables de

otros, libres de prejuicios, odios, resentimientos, etc. tendremos que empeñar mucho tiempo en la oración pues allí y sólo allí nos alimentaremos de un amor perfecto, imperecedero, incondicional. Si queremos progresar en la oración busquemos convertirnos en seres obedientes a la voz de Dios, amorosos, amables, bondadosos con todas las criaturas. La oración alimenta el amor, y el amor expresa la autenticidad de nuestra oración y la tonifica.